

CONGRESO SOBRE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA

“EVANGELII GAUDIUM”: CELAM, Bogotá, 11-13 de marzo de 2015

DE LA LUMEN FIDEI ALLA EVANGELII GAUDIUM: LÍNEAS DE FUERZA DEL MAGISTERIO DEL PAPA FRANCISCO

Nuevas exigencias y responsabilidades para la Iglesia en América Latina

El primer latinoamericano que ha sido elegido como Sucesor de Pedro, Obispo de Roma y Pastor universal, hecho inédito en la historia bimilenaria de la Iglesia, es de tal magnitud que tiene profundas implicaciones e imprevisibles consecuencias para toda la Iglesia católica y, en especial, para América Latina. No basta el legítimo orgullo, la alegría, incluso el entusiasmo que sienten casi todos los latinoamericanos. Son buenos sentimientos, por cierto. Sin embargo, hay que tomar conciencia de las nuevas exigencias y responsabilidades que conlleva consigo. La Providencia de Dios pone a la Iglesia, a los pueblos y naciones, de América Latina en una situación singular, excepcional. Se podría llegar hasta decir que habría que releer la historia, la realidad actual y la proyección futura de América Latina, en todas sus dimensiones, a la luz del pontificado del papa Francisco. Su pontificado plantea la exigente posibilidad de un resurgimiento católico latinoamericano e, inseparablemente, de un camino de América Latina hacia su unidad y fraternidad, en la construcción de condiciones de mayor justicia y crecimiento en humanidad. Bajo esta luz adquiere una visión penetrante lo que S.S. Benedicto XVI afirmaba durante su viaje al Brasil: se requiere “un salto de cualidad en la fe del pueblo”. Se requiere relanzar con determinación y creatividad, con renovado ímpetu, la “misión continental” y, a la vez, la solicitud apostólica universal de todas las Iglesias locales de América Latina para colaborar más estrechamente con el ministerio universal del papa Francisco. No podemos “achicar” el horizonte en el

que estamos involucrados. La renuncia del papa Benedicto XVI y la elección del papa Francisco dan tremenda resonancia a lo que el primero repetía en los últimos días de su pontificado: “No somos nosotros que conducimos la Iglesia, ni siquiera el Papa conduce la Iglesia, sino que es Dios quien la conduce”.

¿Qué es lo que está diciendo el Espíritu a la Iglesia y a las Iglesias?

Es fundamental, pues, conocer a fondo lo que significa este hecho inédito y lo que propone el pontificado del papa Francisco. Ciertamente es que, desde el primer momento, su presencia se ha vuelto familiar, casi como uno de casa, para millones y millones de personas en todo el mundo. Las grandes redes mediáticas se refieren a él cotidianamente. Hay un sin fin de publicaciones sobre el papa Francisco. Sin embargo, necesitamos plantearnos preguntas más a fondo: ¿Qué es lo que está diciendo el Espíritu a la Iglesia y a las Iglesias por medio del testimonio, magisterio y ministerio del Papa? ¿Cómo se va perfilando su designio bajo las mociones del Espíritu de Dios? ¿A qué nos convoca y qué es lo que nos pide el actual pontificado? ¿Qué nos está mostrando Dios, qué nos está diciendo, qué nos está pidiendo que cambiemos, qué caminos nos está indicando, a cada uno personalmente y a las diversas comunidades cristianas, en este tiempo histórico? Si no nos planteamos a fondo estas preguntas, es que quedamos en la superficie, atraídos por los “fuegos artificiales” pero despistados respecto del horizonte que se abre ante nosotros.

Un medio adecuado para intentar dar respuestas aproximadas a dichas preguntas es leer y releer, asimilar y “digerir” los contenidos de la Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium”. El papa Francisco quiere que este documento nos sirva para involucrarnos en “una nueva etapa evangelizadora” marcada por una alegría esperanzada, siguiendo los caminos que ella indica “para la marcha de la Iglesia en los próximos años” (cf. E.G., 1).

Cierto es que no podemos olvidarnos de la primera encíclica, “Lumen Fidei”, firmada por el papa Francisco. Tengamos presente que el mismo Papa nos señala que ya estaba prácticamente elaborada por el Papa Benedicto XVI. Es como un legado póstumo del santo y sabio Papa Benedicto, que compone su trilogía con las otras dos encíclicas suyas: “Deus Caritas Est” y “Spes Salvi”. Sin embargo, la “Lumen Fidei” no sólo demuestra un acto de gran respeto del Papa Francisco con su predecesor, y también un sello de humildad que caracteriza su pontificado, sino que muestra esa continuidad inquebrantable del “depositum fidei” a través de los sucesores de Pedro y los grandes cauces del Concilio Vaticano II que, a sus 50 años, continúa siendo fuente contemporánea de la renovación de la Iglesia y del magisterio del Papa Francisco.

De todos modos, es la Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium” que el Papa Francisco propone especialmente con un “sentido programático” (E.G., 25). Se trata, pues, de tener siempre muy presente la “Evangelii Gaudium” como referencia y guía para la misión de la Iglesia hoy, actuando sus enseñanzas según los diversos contextos. Además, esto es tanto más importante en cuanto esta primera encíclica del papa Francisco está muy unida por vasos comunicantes con el documento de Aparecida. A los siete años del acontecimiento de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano – que fue signo de madurez en el camino de sus Iglesias -, la “Evangelii Gaudium” llama a retomar el documento de Aparecida, a releerlo, a enriquecerlo a la luz de esta encíclica, a plantearse a fondo si ambos documentos están verdaderamente, concretamente, guiando el caminar de la Iglesia y las Iglesias en América Latina. Estos documentos han de estar siempre presentes en el orden del día de toda asamblea y reflexión de los episcopados. Su mirada pastoral ciertamente se enriquecería mucho si permitieran que ambos documentos – junto con las homilias matutinas y las catequesis semanales del Papa - fueran referencia crítica y orientadora de toda la pastoral de la Iglesia. Por eso es cosa buena que el CELAM haya programado este importante Encuentro para reflexionar sobre la Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium” en América Latina.

Reforma “in membris”

Aprendiendo de la “gramática de la sencillez”, se podrían sintetizar esquemáticamente las enseñanzas de la Exhortación “Evangelii Gaudium”, incluso de todo el Magisterio del Papa Francisco, destacando que son invitación urgida a una conversión personal, a una conversión pastoral, a una conversión misionera, a una conversión a la solidaridad por amor preferencial a los pobres.

Desde cuando el papa Francisco apareció en el balcón central de la Basílica de San Pedro ha habido un sucederse sorprendente de gestos y palabras que encienden continuamente la atención y que la conducen a concentrarse en la invitación a un encuentro personal con Jesucristo. “Invito a cada cristiano – escribe con fuerza y urgencia -, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso” (E.G., 3). Por eso, el papa Francisco asegura que no se cansará de repetir “aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: ‘No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva’” (E.G., 7).

El Papa quiere centrarse efectivamente en lo esencial de la Buena Nueva. El cristianismo no es, ante todo, un conjunto de doctrinas, enseñanzas morales, ritos y procedimientos. Es un acontecimiento: el Verbo de Dios hecho carne, según el designio misericordioso del Padre, muerto en Cruz por nuestros pecados y resucitado por la potencia de Dios, que viene a nuestro encuentro, por gracia del Espíritu Santo, llamándonos a su seguimiento, a la comunión con Él en su pueblo y cuerpo, que es la Iglesia, hasta poder llegar a experimentar milagrosamente que “no soy quien vivo, sino Cristo que vive en mí” (Gal. 2, 20). ¡Es Cristo reconocido como el Señor y Salvador!

Es esta centralidad esencial del Evangelio “lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y a la vez lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante”, nos dice (E.G., 34).

Para que arraigue a fondo esta invitación a la conversión, el papa Francisco no cesa de buscar todos los medios, guiado por el Espíritu de Dios, por su experiencia pastoral y por su temperamento personal, para llegar al corazón de las personas que tiene delante. Palabras, gestos, silencios, repeticiones, oraciones...Sabe que la atracción sorprendente que ha suscitado su persona, incluso más allá de los confines eclesiásticos y entre muchos que habían pensado de haber cerrado sus cuentas con la fe y la Iglesia, es fenómeno complejo no encasillable según análisis sociológicos o psico-culturales. Hay en ello dosis difusas de impactos mediáticos y simpatía natural, para muchos se agrietan muros de rechazos y prejuicios muy alzados, para otros muchos implica un replantearse personal de preguntas y expectativas en su corazón, para tantos lleva a un despertar de la fe adormecida, para otros a su refloreCIMIENTO. Es tiempo providencial para la siembra del Evangelio.

El papa Francisco quiere especialmente, refiriéndose a los cristianos, desestabilizar sus tendencias a profesar un cristianismo formal, fardo tradicional, apegado sólo a algunos ritos, doctrinas y preceptos. No faltan, pues, las referencias a los cristianos de “vetrina”, de “confitería”, al “agua de rosas”, a cristianos que viven como paganos, a los que “balconean”, a los cristianos derrotados, escépticos, abatidos, tristes, porque han perdido la esperanza (cf. E.G. 76-86). El Papa quiere, sin duda, desacomodarnos, desestabilizarnos de toda asimilación y conformación de nuestro cristianismo según el espíritu de este mundo, contaminado ideológicamente. Más fuerte, sin embargo, es su propuesta a que seamos dóciles al Espíritu de Dios, a que acojamos sus sorpresas – y es el Papa el primero que ciertamente las acoge – más allá de nuestras seguridades materiales, espirituales, eclesiásticas. Es el Espíritu de Dios que nos conduce al encuentro con Jesucristo, con la misma realidad, la misma novedad, la misma

actualidad, el mismo poder de persuasión y afecto, que lo experimentado por Andrés. Juan Y Simón (“Maestro, ¿dónde vives?...Ven y sígname”), por la samaritana en el pozo y sedienta de agua viva, por Zaqueo subido al árbol y visitado por el Señor en su casa, por la Magdalena conmovida por su presencia misericordiosa, por los discípulos de Emaús que sienten arden el corazón al reconocerlo. El Santo Padre no se cansa de plantear la pregunta decisiva: ¿Quién es Jesús para mi vida? ¿Cómo ha marcado la verdad de mi historia?

¿Qué es la conversión sino “el don de reconocerse pecador” y de confiarse mendicante a la gracia de Dios, para tener a Cristo presente en la trama de nuestra vida, iluminándola, cambiándola no obstante nuestras distracciones, resistencias y caídas, haciéndola crecer en humanidad, en amor y verdad, en felicidad y esperanza? El Papa nos invita a liberarnos, por gracia de Dios, de nuestros ídolos para readquirir la libertad de los hijos de Dios.

La fe como camino de la mirada

Ha sido impresionante la definición que el Papa Francisco dio de sí en la entrevista concedida a “La Civiltà Cattolica” (21.IX.13): “Soy un pecador en quien el Señor ha puesto los ojos”». ¡Y no dice lo de pecador como figura literaria! Tan pecador que se arrodilla ante el confesionario en la Basílica de San Pedro para que tengamos presente que Dios nos perdona siempre, nunca nos defrauda ni nos abandona, sino que somos nosotros los que “nos cansamos de pedir perdón”. Por eso, hay estupor y compasión en esa entrevista de quien percibe “la belleza de ser mirado por la ternura de Cristo, rostro misericordioso de Dios”. Es el estupor de quien se siente perdonado y amado por el Salvador, como el publicano Mateo de la célebre tela del Caravaggio. Y es la compasión por una humanidad de heridos a los que quiere llevar la misma mirada de misericordia que él ha encontrado en el rostro de Jesús y, por ende, en la Iglesia.

La fe es un “camino de la mirada”, leíamos en la encíclica “Lumen fidei” (n. 30). Es un Cristo vivo que desde el crucifijo de San Damián dirige su mirada al joven Francisco de Asís, lo penetra con ella hasta las vísceras: el camino de Francisco hacia Cristo parte de esa mirada desde la Cruz, dejándose mirar en el momento en que dona la vida por nosotros y la atrae a Sí. Es el gesto de Jesús ante el joven rico que “mirándolo a los ojos lo amó” (Mc. 10, 17-22); lo que hizo escribir a San Juan Pablo II en su carta del 31 de marzo de 1984, dirigida a los jóvenes y a las jóvenes del mundo entero: “Deseo a cada uno y cada una de vosotros que descubráis esa mirada de Cristo y que la experimentéis hasta el fondo...Al hombre le es necesario saberse amado, saberse amado eternamente y haber sido elegido desde la eternidad (cf. Ef. 1,4)”. Incluso dirigiéndose a los Obispos, incluyéndose a él mismo, el Papa Francisco afirma: “Tengamos fija la mirada sobre Él, centro del tiempo y la historia; hagamos espacio a su presencia en nosotros: es Él el principio y el fundamento que abraza con su misericordia nuestras debilidades y todo transfigura y renueva; es El lo que de más precioso estamos llamados a ofrecer a nuestra gente” (Papa Francisco a los Obispos italianos reunidos en Asamblea Plenaria, 19.V.14). ¡La mirada fija en Cristo, y todo lo demás viene como consecuencia!

“Aquí se sitúa la acción propia del Espíritu Santo – se lee en la Encíclica “Lumen Fidei”, n. 29 y ss. - El cristiano puede tener los ojos de Jesús, sus sentimientos, su disposición filial, porque es hecho partícipe de su Amor, que es el Espíritu. Es en este Amor que se recibe de algún modo la visión propia de Jesús”. Al mismo tiempo, a la luz de esa mirada, logramos ver más profundamente en nosotros mismos, la dignidad y grandeza de nuestra vocación y destino humanos, el propio “yo” más consistente sin depender de la mirada de los otros. Y, a la vez, “el programa del cristiano - el programa del Buen Samaritano, el programa de Jesús – es un corazón que ve: ve donde hay necesidad de amor y actúa en consecuencia (Deus Caritas Est, 31b). “Se puede decir que la mirada de fe nos lleva a salir cada día y siempre – escribía el Cardenal Jorge Mario Bergoglio – al encuentro del prójimo”, porque se alimenta con la proximidad.

“No tolera la distancia porque hace confuso lo que quiere ver” (cf. J.M.Bergoglio-Papa Francisco, “Dio nella città”, San Paolo, 2013). El Papa Francisco, viajando a Lampedusa, nos hace “ver” esa tragedia, aunque ocurra lejos y estemos arrastrados por la “globalización de la indiferencia”.

Una conversión pastoral

Se ha hablado de “reforma in membris e in capite” en ciertas encrucijadas de la historia de la Iglesia, “semper reformanda”, bajo impulsos y dones del Espíritu Santo, para comunicar con más transparencia y persuasión el Evangelio de Cristo a los hombres. De esa conversión personal, “reforma in membris”, nadie puede quedar exento en la Iglesia. El Papa Francisco invita también en la Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium” a una “conversión pastoral”: “apertura de una permanente reforma de sí (de la Iglesia) por fidelidad a Jesucristo”, escribió el papa Francisco, citando al Concilio Ecuménico Vaticano II (cf. E.G., 26). Es cierto que esta conversión pastoral requiere una revisión profunda de las estructuras, los planes y las obras de la Iglesia para evitar que se vayan fosilizando, se vuelvan caducas e incluso que se corrompan, perdiendo en su inercia todo resplandor de testimonio cristiano y energía misionera. Sin embargo, toda conversión pastoral ha de comenzar por los Pastores, Obispos y presbíteros. Es la “reforma in capite” a la que estamos asistiendo desde el papado y que el Papa promueve entre sus colaboradores en las estructuras centrales de la Iglesia, y que tiene que plantearse en la revisión de vida de cada Iglesia local y Conferencia episcopal, de cada Obispo y sus presbíteros.

Si el Santo Padre Francisco habla de una reforma del Papado, ya en acto, ella implica también una reforma del episcopado. De ella el papa Francisco ya ha hablado muy ilustrativamente en su encuentro con los Representantes Pontificios (21 de junio de 2013), en su visita a la Plenaria de la Congregación de Obispos del Vaticano (28 de febrero de 2014) y en el acto de apertura de la Asamblea del Episcopado italiano (19

de mayo de 2014). Por algo también la Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium” nos exige el examen de conciencia y revisión de vida ante “las tentaciones de los agentes pastorales” (nn. 76-109). Lo que importa más es el ejemplo que el Papa está mostrando a sus hermanos en el episcopado y, en general, a todos los ministros de la Iglesia. Basta mirar al Papa y seguirlo. No se pueden dejar las cosas como están (cf. E.G., 25), haciendo lo mismo de lo mismo como si nada de verdaderamente interpelante estuviera ocurriendo. Siempre hay un “más y mejor” que nos requiere el Señor. De ello depende también el efecto multiplicador del proceso de reformas iniciado por el actual pontificado.

Una triple trascendencia

El Papa Francisco muestra y pide una “triple trascendencia”, tres modos fundamentales de evitar toda autosuficiencia, toda autorreferencialidad. La primera es la que lleva a la oración, para confiar toda la vida cristiana. el ministerio y la misión a la gracia de Dios. “El ministerio se hace arrodillado”, dijo el papa Francisco en una audiencia. Vale para todos los fieles pero especialmente para los servidores del pueblo de Dios esta advertencia del Papa Francisco: “Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración” (E.G., 262). “Hermanos – decía el Santo Padre a los Obispos italianos el 19 de mayo de 2014 -, si nos alejamos de Jesucristo, si el encuentro con Él pierde su frescura, terminamos por tocar con mano la esterilidad de nuestras palabras e iniciativas”. Tal es la “primacía de la gracia” (E.G., 112), contra el neo-pelagianismo que pone su mayor confianza en los recursos organizativos, técnicos y materiales. “Los planes pastorales sirven – dijo el Papa a los Obispos italianos – pero nuestra confianza está puesta más allá: en el Espíritu del Señor”. “Urge recobrar un espíritu contemplativo”, porque una persona

que no esté enamorada, convencida, entusiasmada “no convence a nadie” (E.G., 264, 266).

La segunda trascendencia es la que conduce a una profunda e inquebrantable comunión con Dios que se expresa en el don y responsabilidad de la unidad entre los Obispos y de la unidad de la que cada Obispo, junto con su presbiterio, ha de ser testigo y constructor en la vida de la grey que le ha sido encomendada. Fuente de la misión es la de una “fraternidad mística, contemplativa” (E.G., 92) arraigada en ese misterio de comunión misionera que es la Iglesia. Sin comunión no hay verdadera misión. En efecto, así como lo dijo S.S. Benedicto XVI en Aparecida y lo repite a menudo Francisco, la misión procede por atracción, la atracción de una belleza en la vida, resplandor de la verdad, que despierta los “corazones anestesiados”, que rompe el muro de la indiferencia, que pone en movimiento los deseos profundos de la persona, que suscita presentimientos curiosos y preguntas cargadas de abiertas expectativas. Sólo ante el testimonio de la caridad – adorar a Dios y servir a los otros – se siente la necesidad de la que habla el profeta Zacarías: “Queremos venir con vosotros”. Por eso es tan importante que la Iglesia haga ver de sí, en modo cada vez más transparente e irradiante, el misterio de Dios que ella alberga, porque sólo la belleza de Dios fascina y atrae. “La misión nace precisamente de esta fascinación divina, de este estupor del encuentro”, concluía el Papa Francisco en su alocución al episcopado brasileño en San Pablo (26 de julio de 2013). “Testigos del Crucificado”, llamaba el papa Francisco a los Obispos italianos, “hombres custodios de la doctrina no para medir cuan distante vive el mundo de la verdad que la misma contiene, sino para fascinar el mundo, para cultivarlo con la belleza del amor, para seducirlo con el ofrecimiento de la libertad que da el Espíritu” (27 de febrero de 2014). De allí se deriva un profundo examen de conciencia de cada Iglesia local, comunidad parroquial, comunidad religiosa, asociación de fieles, movimiento eclesial: ¿cuánto hacemos visible Cristo en nuestra vida, más allá del ofuscamiento de nuestro pecado? Esta es una pregunta muy importante para esa “conversión pastoral”. Una fe “licuefacta”, asimilada al espíritu de

este mundo, revestida de mundanidad espiritual, cargada por el peso de fastos y pomposidades, contaminada ideológicamente, reducida a un conjunto de doctrinas, preceptos y procedimientos, es incapaz de transmitir la belleza y la alegría del ser cristiano. Otra consecuencia es que si se quiere atraer la gente a Dios no se puede partir de los “no”, ni siquiera de aquellos “no” necesarios y descontados en una Iglesia que sabe no poder negociar nada de lo que le es sustancial en su doctrina y en sus enseñanzas morales.

La tercera trascendencia es la de compenetrarse, por esa connaturalidad afectiva que da el amor, con la alegría y esperanza, sufrimientos y angustias de su pueblo, estando siempre cercanos en el cariño y la ternura, la compasión, la misericordia y solidaridad. La imagen predilecta de Francisco es la del pastor que camina con su pueblo: delante, en medio y detrás, como lo explica a menudo. “La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo”, porque “para ser evangelizadores del alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior” (E.G., 268). Hablamos de “pueblo” y no del sociologismo gris de “población” y mucho menos de “masa”: pueblo es memoria de sí, sentido de pertenencia, conciencia de necesidades, ideal de vida buena, destino común. Son rostros concretos de personas, familias, comunidades. Son rostros de pobres. Para el Papa es un ir de corazón a corazón. Y la gente se siente “tocada” por una misericordia misteriosa y desbordante que el Papa vive y comunica en primera persona. Si se tiene este amor al propio pueblo, ¿cómo no valorizar la religiosidad y espiritualidad popular, brotadas de la encarnación de la fe cristiana en una cultura de los sencillos, precioso tesoro de la Iglesia católica y expresión del alma de los pueblos latinoamericanos? (E.G., 90, 123-124).

Una conversión misionera

La conversión pastoral implica el paso de una Iglesia “conservadora” a una Iglesia “misionera” (cf D.A., 370). En efecto, el papa Francisco sueña “con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para su autopreservación” (E.G., 27). El Papa Francisco desea ardientemente que “la salida misionera” sea “el paradigma de toda obra de Iglesia”.

La “nueva etapa evangelizadora” a la que se refiere la “*Evangelii Gaudium*” (cf. E.G., 1, 17) se inaugura con el acontecimiento del Concilio Ecuménico Vaticano II, se retoma sintética y concentradamente con la Exhortación apostólica “*Evangelii Nuntiandi*” de S.S. Pablo VI y se relanza con la convocatoria de una “nueva evangelización” por San Juan Pablo II y S.S. Benedicto XVI. Sin embargo, en el actual pontificado, especialmente en la Exhortación apostólica “*Evangelii Gaudium*”, se advierte como un muy renovado, urgido y determinado “dinamismo de salida” de la Iglesia, zafada de todo ensimismamiento, de toda soberbia eclesiástica, de todo repliegue temeroso, de todo refugio autocomplaciente. Salir, salir, salir, es el verbo más frecuente como invitación del papa Francisco: salir e ir al encuentro, con la certeza de que en el Evangelio de Cristo, en su núcleo fundamental y resplandeciente que “es la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado” (E.G., 36), se encuentra la respuesta sobreabundante y satisfactoria a las necesidades y exigencias constitutivas de la persona humana.

Abundamos actualmente en la referencia a la “nueva evangelización”. No es “nueva” por nuestros programas, obras e iniciativas. Es Cristo la fuente inagotable y constante de toda novedad. “Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad (...), también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio –

escribe el papa Francisco -, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre ‘nueva’ ” (...). La verdadera novedad es la que Dios mismo misteriosamente quiere producir, la que Él inspira, la que Él provoca, la que Él orienta y acompaña de mil maneras” (E.G., 11, 12).

El pontificado del papa Francisco despliega un corazón misionero, especialmente hacia los alejados de la Iglesia. Se trata de salir a buscar las 99 ovejas que se han perdido y no quedarse con la sola oveja que está en el recinto. Las proporciones de esa parábola se han invertido enormemente. No hay que quedarse encerrados, esperando dentro de los recintos eclesiásticos. “La Iglesia – se lee en el texto de la intervención del Cardenal Bergoglio en las Congregaciones Generales previas al Cónclave – está llamada a salir de sí misma e ir a las periferias, no sólo geográficas sino también a las periferias existenciales: las del misterio del pecado, del dolor, de la injusticia, de la ignorancia, donde existe la indiferencia religiosa, las del pensamiento y las de todas las miserias”. Ir al encuentro de los otros sin excluir a nadie – ¡porque el amor de Dios no excluye a nadie!-, sin poner precondiciones morales a ese encuentro, sin temores, pero por cierto sin negociar la propia pertenencia ni la misión de anunciar el Evangelio de Jesucristo. Es obra de una santa paciencia, pues consciente que el Espíritu de Dios siempre nos “primerea”: es Él el verdadero protagonista de la evangelización, que nos precede en los corazones de las personas y en la cultura de los pueblos.

Hay un soberbio texto en la Exhortación apostólica “*Evangelii Gaudium*”, n. 24, que muestra ese itinerario de la evangelización y que conviene citarlo por entero: “La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan (...). La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. *1 Jn 4,10*); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo,

salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva (...). Como consecuencia, la Iglesia sabe «involucrarse» (...). La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y éstas escuchan su voz. Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a «acompañar». Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites. Fiel al don del Señor, también sabe «fructificar». La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda. Cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña. El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no tiene reacciones quejasas ni alarmistas. Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados. El discípulo sabe dar la vida entera y jugarla hasta el martirio como testimonio de Jesucristo, pero su sueño no es llenarse de enemigos, sino que la Palabra sea acogida y manifieste su potencia liberadora y renovadora. Por último, la comunidad evangelizadora gozosa siempre sabe «festejar». Celebra y festeja cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización. La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo” (n. 24).

Los pobres, destinatarios privilegiados del Evangelio

Salir e ir al encuentro con una mirada llena de misericordia que, ante todo, ha sido experimentada en primera persona. Porque acogidos por la misericordia de Dios nos convertimos en testigos de su misericordia. ¿Qué es la Iglesia sino una comunidad de

pobres pecadores que la gracia de Dios ha convocado, reunido, reconciliado, para ser signo de su misericordia entre los hombres? El pontificado de Jorge Mario Bergoglio está profundamente definido por la misericordia. “Éste es gran tiempo de la misericordia. No lo olviden: éste el gran tiempo de la misericordia” (Angelus, 12 de junio de 2014)

La misma etimología de la “misericordia” (“cor”, “miseri”) desentraña un corazón que abraza a los pobres y necesitados. Es la imagen del padre que no se cansa de esperar al “hijo pródigo” con los brazos abiertos, sin pedirle una rendición de cuentas. Es la imagen del buen samaritano que se detiene ante el herido y lo lleva a la posada, que es como ese “hospital de campaña” con el que el Papa Francisco ha identificado la Iglesia. ¡Y cuántos son los heridos en el cuerpo y en el alma que se encuentran por las calles de las ciudades!: las víctimas de las violencias de todo tipo que abundan, los tendales humanos provocados por el consumo de drogas y la violencia del narcobnegocio, los afectados por la destrucción de los vínculos matrimoniales y familiares, los niños y los ancianos abandonados, las personas sometidas a la esclavitud de la trata de seres humanos, los desocupados o cuya precariedad laboral se ha convertido en precariedad de la existencia, aquéllas convertidas en objeto por el consumo sexual o por la codicia del dinero, las peripecias dramáticas de migrantes y refugiados, los que están en cárceles por lo general inhumanas, la infancia vulnerable incluso desde el seno materno... Ya no se trata sólo de oprimidos y excluidos, sino incluso de “descartados”. Convivimos con ellos, arrastrando nuestras propias heridas.

La Iglesia de América Latina ha dado una gran contribución a toda la catolicidad retomando y propagando desde sí el amor preferencial a los pobres, de neto cuño evangélico, eclesial. Como lo hizo nuevamente en Aparecida y lo desarrolló en modo iluminante el papa Francisco en la “*Evangelii Gadium*”, hoy hay que ratificar y potenciar muy concretamente la “opción preferencial por los pobres”, propia de discípulos y testigos de un Dios que rico se hace pobre hasta lo inverosímil y se

identifica especialmente con los pobres, enfermos y excluidos, que son como la “segunda eucaristía del Señor”. Tener los mismos sentimientos de Jesús implica escuchar el clamor de los pobres, compartir sus sufrimientos, identificarse con ellos, salir al encuentro de sus necesidades, ser solidarios con ellos, luchar por todo lo que los dignifique y libere. De lo que hemos hecho por ellos seremos juzgados. No ha habido en el magisterio de la Iglesia un desarrollo teológico tan importante y vigoroso sobre la “opción preferencial por los pobres” que el que el papa Francisco desarrolla en la Exhortación “Evangelii Gaudium” (cf. n. 186 y ss.). Como San Francisco – dijo el Papa en Asís el 4 de octubre de 2013 - no hay que separar nunca “la imitación de Cristo y el amor a los pobres”, para que éste no se desgaste en moralismos y meros asistencialismos (¡la Iglesia reducida a ONG!) o quede reducido según criterios políticos e ideológicos. Las imágenes de papa Francisco que lava los pies en la cárcel de menores en Roma, que encuentra los migrantes en Lampedusa - ¡los vivos y los muertos! -, que abraza los tóxico-dependientes en el hospital de Río de Janeiro, que visita la favela de Varginha, que privilegia encuentros con refugiados, que dedica todo el tiempo necesario para estar con los enfermos, que se ocupa de los sin techo, que visita a los afectados por el tifón en Filipinas, y tantos gestos más,...nos muestra el Evangelio vivido, el abrazo de la caridad, el don conmovido de sí. Así nos muestra también lo que espera de las comunidades cristianas de América Latina, de sus compromisos, prioridades y obras. ¡Una “Iglesia pobre y para los pobres”!

UNA NUEVA AMÉRICA LATINA

Sin embargo, los “buenos samaritanos” han de ser también los protagonistas de la “caridad política”. Hay, sí, que socorrer las necesidades más urgentes, pero convirtiéndose al mismo tiempo en protagonistas, en la colaboración de todos los hombres de buena voluntad, para la transformación de estructuras socio-económicas, actitudes políticas y legislaciones que atenten contra la dignidad humana y el bien común de la sociedad. El Papa Francisco no cesa de denuncia con palabras tajantes la

“economía de la exclusión”, la idolatría del dinero” y la creciente iniquidad e inequidad “que genera violencia” (cf. nn. 52-75). Hay una “dimensión social y política del Evangelio”, que el papa Francisco desarrolla en la “*Evangelii Gaudium*” (nn. 177 y ss.) y que el documento de Aparecida expresa también con fuerza en sus capítulos de 7 a 10. Ella exige compromisos inteligentes y valientes.

¿Qué significa concretamente para América Latina esa cultura del encuentro que propone el papa Francisco? ¿Qué implica el amor preferencial por los pobres, el compromiso por la solidaridad, la inclusión, la equidad, la justicia? ¿Qué nos enseña su crítica radical a las idolatrías del poder y la riqueza, a la concentración ilusoria y desmedida de esperanzas en las políticas del Estado y en la “mano invisible” del mercado? ¿Cómo acompañar la lucha por la dignidad del trabajo? ¿Cómo hacernos partícipes de su tenaz y profética defensa de la paz contra toda violencia? ¿Cómo hay que custodiar y promover esos pilares de construcción de toda sana convivencia, que son la vida, la familia, la educación, la salud, el trabajo, la seguridad? ¿Cómo reconstruir y movilizar la libertad y responsabilidad de las personas y el protagonismo de los pueblos? ¿Cómo rehabilitar la política en su dignidad de forma excelsa de la caridad y encaminarnos hacia democracias maduras? ¿Cómo dar nuevo ímpetu a la unidad e integración para ir conformando la “Patria Grande” latinoamericana?

No hay que tener miedo a reconocer que para construir una nueva América Latina – tanto las patrias nativas cuanto la Patria Grande – se necesita mucho amor a los propios pueblos, mucha verdad, una pasión por grandes ideales de solidaridad y fraternidad, la educación hacia una cultura del encuentro y del trabajo compartido, así como políticas inteligentes que sepan dejar atrás los mesianismos secularizados, las burocracias autorreferenciales y la utopía del mercado autorregulador, que dejan sólo secuelas de iniquidad. Más que nunca, el compromiso protagónico de quienes consideren prioritario el respeto y promoción de la dignidad de la persona humana, la custodia de la vida y la familia, las cusas de los pobres y el bien común de los

pueblos, pueden sentirse animados, sostenidos y potenciados por la compañía cercana del papa Francisco. Es tiempo para ir apuntando y encaminándose hacia nuevos modelos de desarrollo, integral y solidario.

En la onda de una revolución

Todavía en tiempos del pontificado del papa Benedicto XVI, cuando resonaban sus palabras sobre la “revolución del amor”, indicando al cristianismo como “la mutación más radical de la historia”, mi maestro y amigo Alberto Methol Ferré afirmaba que, después del agotamiento y fracaso históricos de la tradición revolucionaria sin Dios, contra Dios, sólo la Iglesia podía retomar con credibilidad el lenguaje de la revolución. No sé si lo leía entonces Jorge Mario Bergoglio que, como Papa Francisco, nos llama a ser testigos y protagonistas de esa revolución del amor, de la “revolución de la fe”, de la “revolución de la gracia”, de la “revolución de la ternura y la compasión”, ciertamente la más revolucionaria porque cambia radicalmente a la persona e imprime incansablemente dosis de amor y verdad, de solidaridad y fraternidad, en la vida de los pueblos. ¡Personas y pueblos, que son los sujetos de la historia, bajo la luz y la fuerza del Señor de la historia! Es la “fuerza imparable de vida” de la resurrección (E.G. n. 276). ¿Acaso no es una revolución evangélica que estamos viviendo en tiempos del papa Francisco? Hoy estamos desafiados a demostrar, en los hechos y no sólo por palabras, que el Evangelio es la mejor respuesta, la más adecuada y conveniente, a la sed de felicidad y justicia que laten en el corazón de los latinoamericanos y en la cultura de sus naciones.

Estamos en los albores de una nueva primavera eclesial y latinoamericana, embarcados en una oportunidad histórica que no se puede desperdiciar. Dios nos pone ante tremendos desafíos, que parecen desproporcionados, pero nunca falta su gracia para sostenernos.

Dr. Guzmán M. Carriquiry Lecour